

de Ahorás. Es como si viésemos una película, cada uno de cuyos encuadres sucesivos llegase mágicamente de ninguna parte, para desaparecer en la nada. Y el sentido común está tan incrustado en esta idea de nuestra existencia como un acto de equilibrio en la cuerda floja, entre nada y nada, ninguna parte y ninguna parte, que si un hombre pretende haber captado un vislumbre del futuro y una mujer afirma que ha visto el pasado, el sentido común los denunciará como impostores de sí mismos o como charlatanes. El sentido común se ha acomodado con la idea de que todo es real solo cuando es Ahora; de modo que dejemos al mundo destruirse y re-crearse a sí mismo cada fracción de segundo, pues está realizando una gran obra.

Hay un punto de vista opuesto. Quienes lo adoptan han vuelto firmemente la espalda a toda esa destrucción y recreación, a esa incesante corriente que viene de ninguna parte y va a la nada. En esta teoría, que se ha ido al otro extremo, todo está sólidamente aquí, lo llamemos pasado, presente o futuro. Experimentamos las cosas en el tiempo, porque nuestro Ahora, por así decir, avanza firmemente, como si viajásemos a través de un oscuro paisaje con un reflector, o contemplásemos un brillante escenario desde una hendidura practicada en una barrera móvil. Inventamos el Tiempo para explicar el cambio y la sucesión. Procuramos explicarnos su presencia en el mundo que observamos, pero pronto nos vemos en aprieto, pues no está ahí en absoluto. Llega con el reflector viajero, con la hendidura móvil.

Y ahora no parece haber ninguna razón para que ese hombre no capte un vislumbre del futuro o esa mujer no vea el pasado. Están ahí para ser vistos. No obstante, hay un obstáculo. ¿Cómo pueden manipularse ese reflector o esa hendidura móvil, firmes reveladores de lo que llamamos presente, para que iluminen y ofrezcan una visión más avanzada del futuro o más atrasada del pasado? Si realmente el Tiempo es el nombre que tenemos para designar ese firme avance de la consciencia sobre la escena fija, ¿cómo llamaremos entonces a este saltar de un lado para otro?

He observado que, siempre que se me ha ofrecido este universo en bloque, todo ahí, sólidamente, para ser descubierto a la luz de nuestros momentos sucesivos, nunca se me llama sino Observador. Soy como un hombre en un

camino móvil de alguna Feria Mundial. Soy un rústico que pasa un día en la ciudad, contemplando el tráfico, las luces, los rascacielos. Pero, aunque conozco este papel, raras veces lo interpreto. Puede que no sea un hacedor de historia, pero no me he pasado la vida simplemente observando. No solo miro la escena, *estoy en ella*, haciendo esto o aquello.

Y, si se me va a decir que mi idea de que elijo por mí mismo, emprendo una acción, intervengo, posiblemente altero el futuro, es todo ilusión, entonces querré saber cómo vino a la existencia este universo en bloque, esta historia congelada, quién le dio forma, quién lo coloreó y dónde está la gracia de este vasto y estúpido artificio mágico. La consciencia de que no es sino una linterna de policía moviéndose por un apartado callejón—en realidad, mucho menos que esto, puesto que de ello no puede resultar ninguna acción—, es una consciencia que no vale la pena poseer.

Es indudable que, si realizamos un esfuerzo imaginativo, podemos seguir a los matemáticos y a los físicos y ver nuestras vidas como líneas universales en un continuo espacio-tiempo. «Considérese cada uno—escribe un hombre de ciencia—como una figura cuatridimensional, una especie de larga barra de caucho, que se extiende en el tiempo desde el momento de su nacimiento al término de su vida natural.» (No hace muchos años, si a un hombre de ciencia se le hubiese pedido que explicase la antigua expresión india «el largo cuerpo del hombre», habría replicado que las viejas bobadas orientales estaban muy lejos de su especialidad.) Pero, si estamos tratando de explicar el Tiempo, habremos de tener sumo cuidado con esas líneas universales, con esas largas barras de caucho que se extienden en el tiempo. Por ejemplo, si nos imaginamos a nuestra consciencia viajando a lo largo de esas líneas universales, como una chispa en un cohete, y si el Tiempo es ahora la extensión a lo largo de la cual viaja, entonces hemos de tener cuidado para no empezar a medir el tiempo de este movimiento, porque eso implicaría la introducción de otro tiempo, luego de otro para medir este, después otro, y ya estaríamos lanzados en un retroceso infinito.

Por otra parte, si nuestras líneas universales no estuviesen ya ahí, por así decir, sino que se desarrollasen con nuestra existencia—nuestra consciencia avanzando como la cabeza lumi-



Las agujas de un reloj corriente moviéndose a través de una sucesión de minutos proporciona la imagen más común del tiempo que pasa. Pero no todos los relojes se comportan de manera convencional. Por ejemplo, las agujas del reloj hebreo del siglo XVII, debajo del reloj del Ayuntamiento de Praga (izquierda), se mueven hacia atrás, mientras las del reloj francés del siglo XVIII (abajo) describen un semicírculo; tan pronto como llegan al número seis de la derecha, vuelven hacia atrás y empiezan a moverse de nuevo desde la izquierda. De igual modo, no toda la experiencia del Tiempo puede explicarse en función de la idea que dicta el sentido común sobre el tiempo que pasa.

